

SARMIENTO, PERIODISTA Y COSTUMBRISTA¹

Ricardo A. Latcham

Sarmiento, como Bello, aparece hondamente vinculado a nuestra historia política, literaria y social. Estuvo hasta doce veces en Chile, según refiere en el volumen XLIX de sus Obras *completas*.

En 1827 cruzó la cordillera en mula, lo mismo que los soldados libertadores, y ejerció el oficio de comerciante. En 1831 se vino fugitivo y escapando de la tiranía naciente. En 1840 arribó en calidad de desterrado y comienza el período más fecundo de su existencia errante y dramática. Ese empeñoso ostracismo puede dividirse en tres etapas, como lo ha definido Ricardo Rojas: la primera, de 1841 hasta 1845, y entonces toma temprano contacto con la celebridad, cuando parte a Europa en el último año citado; la segunda, de 1848 a 1852, año de su campaña de Caseros, de la que tornó para radicarse en la Quinta de Yungay, hasta 1855, fecha de su definitivo regreso a la Argentina, donde realiza una fecunda jornada de político y estadista. También visita Santiago en abril de 1864 en su misión diplomática en Chile y Perú, y, finalmente, en 1884, cuatro años antes de su muerte, acaecida en 1888.

No puede entonces extrañarse nadie de que en una reseña de los grandes periodistas de nuestro suelo, Sarmiento ocupe un lugar esclarecido.

El periodismo chileno existió desde los días promisorios de la Patria Vieja. Lo iniciaron aquí las plumas gloriosas de Camilo Henríquez y de Antonio José de Irisarri. *La Aurora de Chile* y el *Semanario Republicano* se leen hoy con emoción contenida y en sus páginas apenas vislumbramos lo que va a ser la prensa periódica en la segunda mitad del siglo XIX. Mientras Henríquez se inspiraba en gacetas foráneas y en los modelos norteamericanos, Irisarri exhibía su cáustica mordacidad y un estilo clásico y pulido que enseñaba deleitando.

Más tarde surgen otros periodistas, de distintos tipos: don José Miguel Infante, doctrinario empecinado del federalismo y austero hombre público, que mantiene de

¹ Publicado con el título de “Sarmiento periodista”, en *Occidente*. Revista de Información y Cultura. Santiago de Chile, año X, N.º 100, agosto-septiembre-octubre de 1954, 35-50.

su propio peculio las páginas escasamente leídas de *El Valdiviano Federal*; don Melchor José de Ramos, redactor de *La Clave*, de inspiración liberal y de prosa suelta y enderezada a refutar las ideas de Infante; don Manuel José Gandarillas, editorialista de *El Araucano*, antes de que pasara a las manos egregias de Andrés Bello, fundador en 1829 de *El Sufragante* y luego de *El Philopolita*, destinado a combatir el predominio autoritario de Portales. Merece atención aparte la acción civilizadora y vigorosa de Andrés Bello, cuyos artículos enseñaban e ilustraban a nuestros compatriotas. En sus clásicas y perfectas lecciones se combinaban la sabiduría de un genuino maestro y su estilo de variadas facetas. Sus menesteres periodísticos empezaron en *El Mercurio Chileno* y siguieron fecundando las columnas oficiales de *El Araucano*, que apareció el 17 de septiembre de 1830.

Liberales y conservadores se dividen el favor del público. Mientras Mora desenvolvió su magisterio en *El Mercurio Chileno*, Bello instauró en el país un género de periodismo de jerarquía indiscutible. No afrontaba los asuntos en forma polémica y rehuía las discusiones a que daba ocasión un régimen al cual servía con eficiencia y sinceridad. En sus artículos se asoma, a menudo, el tono magistral de su carácter y se confunden más bien con el ensayo de inspiración británica. Trataba de instruir a una población todavía silvestre, donde los lectores eran escasos y se necesitaba el apoyo gubernativo para dar asiento económico a las modestas empresas publicitarias. *El Araucano* fue fragua y fuente de sabiduría, estímulo y consejo, menester docente y orientador en una época de violencias y pasiones que dividían a la familia chilena.

Entre los precursores del periodismo nacional también merece mención don Diego José Benavente, hombre múltiple y laborioso, que el 23 de julio de 1823 fundó *El Liberal*, para poner freno a los desbordes reaccionarios del padre Silva en *El Observador Eclesiástico*. Además, se debió a su iniciativa la aparición de la segunda *Aurora de Chile*, en 1827; de *El Hambriento*, redactado por él en 1827 en compañía de Manuel José Gandarillas, de Diego Portales y Manuel Rengifo; de *La Gaceta de Chile*, surgida en 1828; de *El Philopolita*, en 1835; de *La Aurora*, en 1836; de *Las Cartas Patrióticas*, epístolas en forma de periódico, dadas a luz en 1839.

Cuando arribó Sarmiento a la capital de Chile, el periodismo santiaguino destacaba otras figuras. El 25 de agosto de 1840 apareció un periódico, que no tenía día fijo para salir. Su título era *La Guerra a la Tiranía*, y su director, un hombre de letras de cierto prestigio, Juan Enrique Ramírez. El programa de esta hoja era combatir al régimen pelucón, simbolizado por el general Prieto, al cual consideraban producto espurio de una revolución y a quien acusaban de preparar el camino a la sucesión presidencial a otro militar, el general Manuel Bulnes. Ramírez, en un principio, no tuvo un equipo muy notable de redactores, pero pronto su periódico se enriqueció con dos plumas altamente capacitadas, que se singularizaron por la violencia de sus artículos. Eran éstas las del coronel don Pedro Godoy, héroe de la Independencia y soldado que al regresar de la campaña contra la Confederación Perú-boliviana del mariscal Andrés

de Santa Cruz, fue alejado del Ejército, pero conservando su rango y su sueldo, y la de don José Joaquín Vallejo, el popular Jotabeche. Don Pedro Godoy fue el individuo más mordaz que hasta entonces ocupara las columnas periodísticas. Desembarazado y agudo, adquirió ilustración, más que en estudios organizados y profundos, en su trato con las gentes y la sociedad. Su anecdotario es profuso y se cuenta que diseñó, antes de morir, su propio epitafio, que rezaba así: “Aquí yace don Pedro Godoy, que aunque en vida no hizo nunca un servicio a nadie, tuvo numerosos enemigos”.

Godoy no conocía el miedo, ni la moderación tan propia del carácter criollo. Procaz en muchas oportunidades, su estilete se clavaba en los hombres de gobierno y en los poderosos de la tierra con gracejo inigualado y facundia virulenta. El resentimiento de su espíritu se vertía contra el general Bulnes y sus amigos con venenoso ímpetu. Vallejo era de temperamento más concentrado, pero en su iniciación literaria no se ajustó a normas de equilibrio o ponderación. Venía del Sur, donde desempeñó la secretaría de una intendencia, y creía que el régimen sólo soportaba a los incondicionales. *En La Guerra a la Tiranía* su talento reveló facetas de polemizador y un implacable temperamento de inconformista. Cuando se penetra en su obra de costumbrista, que exhibe ángulos paralelos a la de Sarmiento, resulta casi inexplicable su etapa de libelista político. Con los años maduró su gran intuición literaria, pero entonces se hallaba saturado de animosidad contra Prieto, al que presentaba como un imbécil coronado por el poder y la fuerza, y a Bulnes, que representaba como un alcohólico idiota, manejado por una corrompida camarilla de palaciegos.

Este era el ambiente de la prensa santiaguina en 1841, cuando Sarmiento sale de su anonimato de desterrado de una provincia argentina. El mismo lo ha descrito en las páginas siguientes de *Recuerdos de provincia*: “Pero desde 1841, la prensa de Chile fue adquiriendo en el Pacífico mayor reputación, y Chile ganó mucho en ello, por la vivacidad de su polémica y por el combate de las ideas que trajeron todos a la discusión. *El Mercurio* ensanchó sus columnas; las cuestiones literarias sostenidas en él y en *La Gaceta* provocaron la aparición del *Semanario*. El *Semanario* trajo la idea de crear *El Progreso* en Santiago, donde no había hasta entonces diario. De aquellas luchas salieron poetas para probar lo infundado de los cargos; salió *Jotabeche*, reivindicando con éxito la aptitud nacional para los escritos ligeros”²

Como veremos pronto, Sarmiento nació periodista como Maquiavelo nació con los ojos abiertos, según apuntaba Prezzolini. Cuando descendió al ardiente picadero ideológico de Santiago, ya había probado sus primeras armas en el rincón nativo. A fines de 1837 se instaló en San Juan, Manuel Quiroga de la Roza, o Rosas, según

² D. F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, 1927, 307.

otros, quien volvía al pueblo en que nació después de haber recibido una cuidadosa educación en Buenos Aires.

En torno suyo se organizó un cenáculo de amigos de la ilustración, que leían obras francesas de diversa categoría: los ensayos literarios de Villemain, los estudios políticos de Jouffroy, de Lerminier, Cousin y Guizot, las obras de Tocqueville y Leroux sobre las ideas democráticas, las páginas románticas de Chateaubriand, Lamartine, Dumas y Victor Hugo. En el empozado y delicioso medio provinciano, quedaba holgado espacio para detenerse a escrutar el ritmo inquietante del pensamiento europeo, el rumbo amenazador de la cosa pública en Buenos Aires y el porvenir, cargado de presagios, del país vecino. Sarmiento, desde niño, fue un devorador de libros. En ese ambiente, y espoleado por su genio, se improvisó periodista y el sábado 20 de julio de 1839 aparecía el primer número de *El Zonda*, periódico semanal, cuyo nombre evocaba el de un viento cordillerano que sopla en San Juan durante el estío. De un modo embrionario se transparenta en sus primeros ensayos periodísticos el futuro gran escritor. Acerca de esta etapa de su existencia ha dicho Ricardo Rojas lo que copiamos:

Sin duda *El Zonda* con sus críticas a la sociedad sanjuanina y sus burlas a tipos y costumbres locales, había despertado una cierta hostilidad contra Sarmiento, como tantas veces ocurría después al publicista siempre disconforme, y no es inverosímil que la señora del Gobernador—Doña Telésfora Borrego de Benavides— se contara en el bando enemigo que tramaba la desaparición del periódico por considerarlo una voz de público descrédito para la provincia. Que la señora incitara a su esposo en lo que después ocurrió, también parece verosímil, y Sarmiento debió tener barruntos de esa conspiración palaciega cuando, en efecto, publicó en *El Zonda* aquella alusión que, sin la noticia de Hudson, carecería para nosotros de sentido. Dice el suelto que el periódico ha sido mordido por una perrilla rabiosa que lo ha puesto en peligro de muerte. “La llamaban Critiquilla y la idolatraban; era la faldera de la casa.” En el testamento que *El Zonda* publicó en el siguiente número vuelve a aludir a la perrilla faldera, idolatrada y rabiosa.³

Los seis números de *El Zonda* constituyen hoy un tesoro bibliográfico y en sus menudas gacetillas y en el curioso testamento con que remata su publicación, encontramos la huella de una pluma que va a ser inmortal. En sus modestísimas columnas provincianas el incansable polemista empezó a dirigirse a su pueblo, a articular su mensaje civilizador y rotundo.

La paz imperante en Chile, el prestigio exterior de su política progresista y diversos hechos sintomáticos influyeron en un notable desenvolvimiento de la vida santiaguina después del triunfo electoral de Manuel Bulnes. El departamento de Santiago tenía,

³ Ricardo Rojas, *El profeta de la pampa*, 137-143

según el censo de 1843, una población de 95.795 almas, cifra que debía ser superior en un diez o quince por ciento, calculándose la población urbana entre sesenta y setenta mil habitantes. En ese mismo año, según dice Barros Arana, con motivo de la expansión de la capital, la policía, sobre todo la nocturna, fue aumentada, elevándose a 89 vigilantes y 153 serenos. Una innovación sensacional que se registró durante la intendencia de don Miguel de la Barra fue el cambio de todos los nombres de las calles de Santiago. Esos nuevos nombres fueron fijados por medio de planchas metálicas, colocadas en las esquinas; así como se fijaban otras de menor volumen para la numeración de las casas. La fecunda y torrencial oleada de la plata de Chañarillo y otros minerales del norte del país contribuyeron eficazmente en la evolución urbana y en la construcción de algunas residencias de lujo. Se introdujo, como gran novedad, el daguerrotipo en 1842. El alumbrado público era primitivo y existía la obligación vecinal de iluminar el frente de las casas. Una contribución módica fue creada con el objeto de pagar el valor del alumbrado público servido según un contrato celebrado con la Municipalidad. Aunque éste sólo consistía en una lámpara de aceite metida dentro de una linterna con reflectores, colocada en cada esquina donde se abrían cuatro bocacalles, semejante innovación representaba un avance sobre los anteriores métodos de iluminación que evocaban todavía a la Colonia. Vinimos a conocer el gas sólo en 1857, y en otros aspectos Santiago tenía reducidos paseos y distracciones. Pero Sarmiento nos ha dejado, en verdaderas instantáneas periodísticas, el cuadro preciso y animado de la ciudad en que residió largos años. La capital se ensanchó considerablemente con la partición de la chacra de don José Santiago Portales, padre de don Diego, acaecida en 1841. En ese año el Gobierno adquirió la porción más occidental de ese predio, con la cual se constituyó la moderna Quinta Normal. El loteo de algunos terrenos permitió también constituir el hermoso barrio de Yungay, donde tuvo su residencia Sarmiento, después de haber vivido en los altos del portal de Sierra Bella, donde lo conoció Lastarria, situado frente a la Plaza de Armas.

Veamos cómo el insigne escritor describe sus experiencias en la capital de Chile en el artículo intitulado “La villa de Yungay”, que apareció en *El Mercurio* del 3 de abril de 1842:

Hasta el payo de la aldea sueña con Santiago, y cuenta las maravillas que en ella ha visto, las tropas, las tiendas, los barberos del tajamar, los almacenes de espuelas y ponchos, las muchas iglesias, en fin, lo grande de Santiago, lo material, lo que sus ojos alcanzan a ver y su mente a comprender. Si algún muchachón se desenvuelve en las provincias, si se le ve andar de calle en calle, en las carreras y en la chingana, y hallarse presente dondequiera que hay un grupo reunido; si es despierto, altivo, un tanto pillo, apenas tenga quince años que abandonará el lugar y se echará a la *ciudad* por antonomasia, que ha sido siempre el objeto de sus deseos y de sus castillos de felicidad. Allí entrará en la clase de roto raso, clase receptáculo de todos los que van a hacer el aprendizaje

de la vida de Santiago; de allí pasará a tomar uno de los muchos oficios que ha inventado el pueblo para hacer pasar a ser ayer el día presente, que es lo único que le embaraza. Será *perero, cirguelero, uvero, duraznero* en verano, *durcero, velero, bollero* en invierno, y se anunciará al público con el nombre que ha tomado, como si fuera un destino de honor. *Aquí va el durcero*, gritará a todos los paseantes, para que le compren su especie, de cuya venta saca su pasar. Un día llegará a ser fante, en cuya profesión y a merced de su talento, de su viveza, de su elocuencia, podrá vender por diez lo que le cuesta uno y tener el domingo un par de pesos en el bolsillo.

De todos los extremos de la república va a Santiago este movimiento que viene de la circunferencia al centro, ejercido por una poderosa fuerza de atracción. Hay en la capital muchos millares de hombres de las clases inferiores que se entretienen en ocupaciones miserables, de escasísimo provecho para el momento presente y sin esperanza de porvenir; pero hay también centenares de jóvenes sin otra ocupación que asistir al teatro o a una tertulia, porque perteneciendo a familias que viven de rentas recolectadas sobre arrendamientos o producidas por las crianzas de ganado en el interior, no necesitan trabajar, ni los estimula el espectáculo animador del trabajo de los que los rodean de cerca. El comercio de menudeo es la parte más viva de la existencia de la capital, y el teatro en que se despliega algún movimiento exterior. De estas causas nacen, como en todo, bienes y males. Las maneras y el gusto de la sociedad se refinan; las artes que se afanan para tener contento al lujo, que engendra la cómoda y elegante sociedad, hacen grandes progresos; el teatro toma incremento, sus palcos están siempre llenos y la platea oprimida de espectadores.

Más adelante, en el mismo artículo, enfoca de manera admirable y plástica, como siempre lo hacía, el nacimiento del barrio de Yungay, que ha sido pintado después por dos escritores chilenos de la generación del 1900: por Augusto d'Halmar en su novela *Juana Lucero*, y por Fernando Santiván en su obra *Ansia*.

Es el caso —expresa Sarmiento— que al poniente de Santiago y a una distancia como de diez a once cuadras de la Plaza de Armas, había una finca de potreros pertenecientes a un señor Sotomayor que, para venderla con provecho, se propuso dividirla en manzanas, que estuviesen a su vez subdivididas en sitios, para dar un triple valor al terreno. Entre nuestros avisos de ahora meses se repitió uno que anunciaba al público la venta de aquellos pequeños lotes de terreno. La especulación ha tenido los más felices resultados; y una población numerosa se ha reunido para hacer salir del seno de la tierra, cual si hubiese sido sembrada, una hermosa villita, con calles alineadas y espaciosas, alguna de las que lleva ya el nombre de calle Sotomayor, su correspondiente plaza de Portales, su capilla y sus cientos de edificios, que se están levantando todos a un tiempo, como para un día convenido, presentando el espectáculo más animado por la actividad

que reina por todas partes y los grupos de trabajadores que se divisan en todas direcciones sobre los edificios cuya elevación avanza por momentos. Una calle también nueva y muy recta va de la nueva villa a unirse con la de la Catedral, estableciendo para lo sucesivo, si hubiesen buenas veredas, el paseo más largo y agradable que pueda imaginarse.

No ha mucho tiempo que en Montevideo se subdividió una estancia contigua produciendo los mismos resultados; y la población del Cerro es la más numerosa, la más elegante de aquella ciudad, en otro tiempo célebre por las murallas que la encerraban. La villa de Yungay ha proporcionado un bien importante, que es establecer un nuevo centro de población; de manera que sus moradores tengan una plaza, un paseo y otros lugares públicos que sirvan para la formación de edificios de gusto y aun de lujo, con la circunstancia de agregar por el camino de Valparaíso, que pasa por su costado norte, un *guangali* inmediato, que vendría a ser como su arrabal. Veremos los progresos de esta villa, la policía que en ella se establece, la numeración e iluminación de sus calles, su ornato, su alameda, etc.⁴

El propio Sarmiento se ha encargado de informarnos en *Recuerdos de provincia* acerca de sus primeros pasos en el periodismo santiaguino. Bajo el seudónimo de *Un teniente de artillería* publica el memorable artículo que inicia su colaboración en *El Mercurio de Valparaíso*. Se intitulaba “12 de Febrero de 1817” y apareció el 11 de febrero de 1841. “En esa misma época –dice– fui encargado por los amigos del general Bulnes, entonces candidato para la presidencia, de la redacción de *El Nacional*, en Santiago, periódico que ejerció grande influencia en la fusión obrada entonces entre los jefes del partido pipiolo y el del general Bulnes.” La colaboración en *El Mercurio* duró hasta que en la capital de Chile surgió el primer diario, que fue *El Progreso*, que apareció el 10 de noviembre de 1842 y alcanzó a contar más de nueve años de vida. El resto de la abundante colaboración chilena de Sarmiento hay que perseguirla en *La Tribuna*, periódico cimentado por los partidarios de la candidatura presidencial de don Manuel Montt a comienzos de 1849; en *La Crónica*, que apareció el 28 de enero de 1849, y cuyo propósito primordial fue servir de órgano de propaganda contra la tiranía de Rosas, y en el semanario *Sud América*, que dio a luz en enero de 1850 junto con suspender las ediciones de *La Crónica*. También redactó *El Heraldo Argentino*, para combatir a Rosas y cuya publicación abandona cuando llegó a Santiago la infausta noticia de la derrota de Rivera en el Arroyo Grande, creyendo Sarmiento que la lucha estaba concluida.

En noviembre de 1853 reanudó Sarmiento la publicación de *La Crónica*, que tuvo que interrumpir cuatro años antes. Después, en uno de sus tantos retornos y mientras

⁴ *Obras de D. F. Sarmiento. Tomo 1, Artículos críticos y literarios. 1841-1842, 197-198.*

regresaba desencantado de la política de Urquiza, el gobierno de don Manuel Montt le encomendó la dirección de un periódico pedagógico. Fue éste *El Monitor de las Escuelas*, que salió el 15 de agosto de 1852.

Hasta aquí se ha reseñado brevemente la acción periodística de Sarmiento en diversas etapas de su larga residencia en nuestro suelo. Ahora trataremos de penetrar con más detenimiento en sus ideas acerca del periodismo.

Nunca nuestros diaristas alcanzaron el vuelo ideológico de Sarmiento, con excepción de don Andrés Bello, cuya misión en la prensa jamás perdió su tono magistral y orientador. En los primeros años del siglo XIX, el periodismo hispanoamericano revela condiciones y defectos semejantes: predominio de la polémica, a veces con apasionamiento y virulencia personal; lenguaje descuidado, con grandes improvisaciones en los detalles; poca elevación en el campo ideológico y preferencia de las noticias locales sobre las de otros países y continentes. A casi todos los escritores les tocó improvisarse periodistas, de costado a otros de menor enjundia, talento y cultura. Los enemigos y opositores de Sarmiento, como Jotabeche y Godoy, no tenían ni su mirada de águila, que abarcaba súbitamente el conjunto de un problema, ni su apetito insaciable de lectura e información, que lo exhibe como el iniciador en Chile del periodismo moderno y el precursor por antonomasia del diarismo actual. Sarmiento se había adoctrinado en modelos europeos de amplia jerarquía humana. Se ha estudiado a fondo la influencia de Larra en su ángulo costumbrista y el trasfondo filosófico que le imprimieron, entre otros, el francés Lermínier y el alemán Herder. Cuando era minero en La Colorada se leyó de un tirón a todo Walter Scott, de quien admiraba el colorido romántico y el firme e intuitivo trazo histórico. De Fenimore Cooper obtuvo algunas visiones que asimiló en la composición de *Facundo*. Daniel Defoe, el autor de *Robinson Crusoe*; Dickens, Balzac, con su torrente creador de *La comedia humana*; Cervantes y Guizot fueron compañeros de sus fecundas vigiliat meditativas. A este gigantismo de sus empresas de autodidacto, hay que añadir todavía su memoria fenomenal. “He debido mucho del pequeño éxito de mi vida –dice en una parte–, dados sus desapacibles comienzos, al don precioso de saber acordarme, o recordar a tiempo, lo que me impresionó un día. Ese fue mi talento.”

Armado de tan nobles condiciones intelectuales, no es raro que se impusiera con tajante rotundidad al ambiente intelectual santiaguino de 1841. Él ha descrito, como nadie podría hacerlo, las impresiones que obtuvo al conocer el resultado de su primer artículo en *El Mercurio de Valparaíso*.

El éxito fue completo y mi dicha inefable –dice en *Recuerdos de provincia*–, igual sólo a la de aquellos escritores franceses que, desde la desmantelada guardilla del quinto piso, arrojan un libro a la calle y recogen en cambio un nombre en el mundo literario y una fortuna. Yo era escritor por aclamación de Bello, Egaña, Olañeta, Orjera, Minvielle, jueces considerados competentes. ¡Cuántas

vocaciones erradas había ensayado antes de encontrar aquella que tenía afinidad química, diré así, con mi esencia!⁵

El romanticismo infundió a Sarmiento una savia vitalizadora que servía para la gran misión de hacer patria en estas latitudes. El periodismo era su vehículo, especie de milagroso y alado emisario que transformaría a los espíritus y derribaría a los falsos ídolos.

Las publicaciones periódicas –dice en *Recuerdos de provincia*– son en nuestra época como la respiración diaria; ni libertad, ni progreso, ni cultura se concibe sin este vehículo que liga a las sociedades unas con otras, y nos hace sentirnos a cada hora miembros de la especie humana, por la influencia y repercusión de los acontecimientos de unos pueblos sobre los otros. De ahí nace que los gobiernos tiránicos y criminales necesitan, para existir, apoderarse ellos solos de los diarios, y perseguir en los países vecinos a los que pongan de manifiesto sus iniquidades.⁶

Sólo en el clima augusto de la libertad concebía Sarmiento el amplio ejercicio de la misión periodística. En seguida puntualiza su independencia espiritual y el coraje de su alma: “Puedo lisonjearme de no haber cortejado pasión vulgar alguna, para hacerme propicio el público, y no haber sostenido en política nada que repruebe la sana moral, transacciones que, a nombre de las ideas liberales, se han permitido no pocos escritores”.

Respecto a su militancia y al carácter de su tempestuosa existencia entre prensas y acarreo de materiales para la composición de sus numerosas publicaciones periódicas, tiene estas sugestivas palabras: “Para ser escritor en la *prensa* es preciso haber ceñido la espada del guerrero, conservar toda la vida el cilicio del monje; no aspirar a comer sino el pan seco del soldado y no recibir mendrugos del poder, que suelen a veces contener estricnina”. “De manera que para escribir con éxito para el pueblo argentino, es preciso ser tenido por patriota honrado, no haber doblado la rodilla ante ninguna de las estatuas de oro con pies de arcilla que el pueblo se forma y haberse mantenido sereno en la cueva de los leones, como Daniel.”

No se conoció entre nosotros, antes de Sarmiento, un divulgador semejante de ideas, que estaba atento a los más sutiles movimientos, casi imperceptibles para otros, de las ideas políticas, sociales y literarias del Viejo Mundo. Pero la misión de Sarmiento tuvo que extenderse pronto a un ámbito más vasto: al de toda América, tanto a la anglosajona como a la mestiza.

⁵ D. F. Sarmiento. *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, 1927, 287.

⁶ D. F. Sarmiento. *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, 1927, 311.

Es notable el artículo con ribetes de ensayo que publicó en *El Nacional* de Santiago, en los números del 15 y 29 de mayo de 1841. El título de tan enjundioso trabajo es “El diarismo”. Ahí define a cabalidad su credo periodístico y extiende su pensamiento sobre la prensa al campo social:

Por el diarismo el mundo se identifica. Las naciones, como hermanas ausentes, se comunican sus prosperidades o sus desgracias, para que sean gustadas o sentidas por todos sus miembros; por el diarismo los individuos anuncian sus necesidades y llaman a quien puede satisfacerlas; por el diarismo el comercio se extiende, las noticias y datos que a sus medras interesan, se vulgarizan, y por el diarismo, en fin, el pueblo, antes ignorante y privado de medios de cultura, empieza a interesarse en los conocimientos y gustar de la lectura que los instruye y divierte, elevando a todos al goce de las ventajas sociales, y despertando talentos, genios e industrias que sin él hubieran permanecido en la oscuridad. Los diarios han ejercido una influencia poderosa en la marcha de la civilización y en el movimiento social que ejecutan los pueblos modernos, y sus ventajas y el inmenso desarrollo que dan a la cultura, artes y comercio, sólo pueden ser comparados a los males que por otra parte causan cuando la efervescencia de las pasiones, el rencor de partido y la irritación alimentan sus páginas⁷.

También ilustra el pintoresco y genial cuyano sobre el medio periodístico de Santiago en una etapa de renacimiento intelectual que se resume luego en el movimiento literario de 1842.

Dos hechos hay –dice– que merecen notarse y que sirven a explicar algunos rasgos de nuestros periódicos. El primero es que hay pocas, poquísimas personas con relación a la población general que tengan gusto y hábito de leer periódicos. El segundo es que sólo existen periódicos cuando, por una crisis social, es necesario despertar la apatía general de los que con sus sufragios pueden obrar un cambio en la marcha de los negocios públicos. La prensa periódica tiene sus instintos peculiares que la hacen siempre impetuosa, ardiente en sus reproches y turbulenta en sus medios de acción; mas a este rasgo general reúne otros, aquí nacidos de circunstancias que se ligan a nuestro estado de civilización y de incuria.

El periódico, improvisado con miras accidentales, necesita irritar las pasiones, sublevar temores y desconfianzas, y aun ofender a las personas que perjudican a sus intereses. Sirviendo una mira política, los principios más sagrados son forzados a suscribir y apoyar los intereses de un partido o de un candidato. La

⁷ *Obras de D. F. Sarmiento*. Tomo 1, *Artículos críticos y literarios*. 1841-1842, Santiago, 1887, 56-64.

declaración más exagerada y virulenta hace el fondo de estos escritos, y las palabras tiranía, despotismo embarazan cada renglón y forman el fondo de cada página; porque se necesitan grandes estímulos para mover los ánimos indiferentes. Tristemente fecunda nuestra historia en hechos vituperables, los partidos se apoderan de ellos para aplicarlos a sus fines y excitar odiosidades. Nunca o muy transitoriamente hemos visto organizarse una oposición de la prensa, que en presencia de los actos del gobierno los vaya examinando sin rencor, sin pasión y sin declamaciones extremadas. Este sistema de oposición, que constituye el poder de la prensa periódica, ilustra a los pueblos sin sublevarlos, y contiene al poder sin amedrentarlo, y sin atreverse a atacarlo, porque no hay ni se encuentra, por más que se busque, ni motivos, ni pretextos legítimos para desembarazarse de él. Mas ¿qué disculpa merecen a los ojos de la razón aquellos que mojan su pluma en hiel y amenazan no sólo la existencia del orden de cosas establecido, sino que, por sus declamaciones amargas, hacen diariamente temer a los que ejercen el poder por su seguridad, y aun por su existencia misma?

La serenidad de semejante análisis demuestra la penetración de la mirada crítica de Sarmiento. Para él, el diarismo no se limitaba a la enseñanza diaria en que vertía su vocación pedagógica, sino que tendía a cruzar todas las fronteras del conocimiento. Por eso, el repertorio de sus artículos abarca una extensión desmesurada e increíble. En Chile sólo, como ya anotamos, podía compararse con la pluma enciclopédica y humanística de Andrés Bello. Después, en años de luchas doctrinarias, se consagraron en el diarismo las individualidades recias de José Victorino Lastarria, valioso intérprete de la realidad nacional; de Benjamín Vicuña Mackenna, que tenía once años cuando se inició Sarmiento en *El Mercurio de Valparaíso*; de Diego Barros Arana, dogmático y sin movilidad en sus gacetillas publicadas en la prensa santiaguina; de Justo y Domingo Arteaga Alemparte, de punzante causticidad en las columnas aceradas de *Diógenes*; de Fanor Velasco, de formidable ingenio en sus glosas de *La República*, *El Farol*, *La Linterna del Diablo* y *El Charivari*; de Manuel Blanco Cuartín, finísimo e ilustrado comentarista; de Máximo Lira, paladín conservador que defendió a los jesuitas y al general Baquedano, y de Isidoro Errázuriz, príncipe de la tribuna parlamentaria y editorialista combativo de *La Patria* de Valparaíso. Pero Sarmiento inició un tipo de periodismo que era desconocido antes de su presencia en nuestro suelo. El crítico de arte, intuitivo y acertado, el creador de la crítica teatral en Santiago, el comentador de los primeros espectáculos líricos en la amodorrada capital de Chile y el que enjuició la pintura romántica de Monvoisin, poseía recursos para moverse en diversos sectores del entendimiento humano.

Ningún acontecimiento de nuestra vida intelectual le fue indiferente: la aparición de un poeta, la traducción de una pieza teatral, la recopilación antológica de Cortés, el suceso lírico de Lanza en la famosa aria de *El barbero de Sevilla*, las memorias universitarias, la llegada del renombrado actor rioplatense Casacuberta o la desaparición de

El Semanario, que lo combatió en la polémica sobre el romanticismo, le dan pretexto para insertar en distintos órganos de publicidad sus incomparables artículos, que hoy asumen el valioso carácter de un friso de época. El estudio de Sarmiento se adaptaba a los diversos temas con movilidad que muy escasos temperamentos literarios pueden alcanzar. A veces surge una viñeta de fino sesgo romántico, donde sorprendemos el secreto entrañable de una época o el desvanecido perfume de los salones de prosapia antañona. Por ejemplo, estas líneas sobre el álbum, que suscitan toda la emoción de cierta actitud de las damas y de quienes socorrían con estrofas sus íntimos anhelos: “Entonces despierta el álbum y se engulle unas décimas argentinas, unas flores de Aconcagua, unos endecasílabos de Lindsay, o unas armonías de Chacón, o unas quintillas de Matta, nombres literarios que acaban de romper la cáscara, y han salido piando lindos versos de la nidada que ha incubado la sociedad literaria bajo el ala fecundante de Lastarria”. O bien una punzante alusión a los desvelos edilicios, bajo un pretexto de sátira al romanticismo dominador en la existencia santiaguina de 1843: “Pobres provincianos, ¡qué atrasados están! Aquí lo han echado al trajín, y ni los viejos que ya no pueden mascar el agua consienten en que se les llame clásicos; todos somos románticos ahora, la municipalidad inclusive, que de puro romanticismo ha mandado numerar las calles”.

El naciente teatro nacional tuvo en Sarmiento a un ajustado intérprete. En sus críticas despuntan sus categóricas ideas sobre el valor social de la escena y la importancia civilizadora de su misión.

No es el teatro—decía Sarmiento— una simple diversión pública, o como las riñas de gallos y los circos de equitación, un mero espectáculo. Mayor y más encumbrado rango ocupa en la sociedad, puesto que no solo tienden sus exhibiciones al deleite de los sentidos, sino también a conmover el corazón y aleccionar el espíritu de los concurrentes. El teatro actual, si bien no puede ser entre nosotros la expresión de nuestra literatura, y la arena a que el ingenio americano descienda a optar a la ovación con que el aplauso general premia el acierto y el talento, no por eso deja de llenar un grande y saludable objeto, sirviendo al público como de un liceo en que se le exponen los trabajos que mayor boga y nombradía han alcanzado en los dos teatros del mundo, que más afinidad tienen con las necesidades e ideas de nuestra sociedad, tales como el teatro francés y el español. ¿Qué medio podría imaginarse más adecuado para hacernos partícipes de los frutos más bien sazonados de la civilización europea, que esta lección accionada, este soplo de vida comunicado a las ideas y pasiones que agitan nuestra sociedad, de la misma manera y por las mismas causas que agitan la sociedad para la cual han sido escritas? Porque, no obstante los ligeros y pasajeros extravíos del teatro moderno, no solamente puede decirse de él *que en su conjunto representa las necesidades sociales de la época*, sino que tiene además una visible tendencia a la regeneración de las costumbres y de las ideas, que hace su verdadero título

de gloria. Y aun entre nosotros mismos se deja sentir esa íntima relación que existe entre el espectador y el dramata, que da vida y existencia al pensamiento que intenta desenvolver aquél.⁸

El valor educador y civil del teatro constituyó una obsesión de Sarmiento. No existe un repertorio más animado y valioso acerca del lapso de plenitud escénica en el período romántico semejante al que dejó Sarmiento en sus crónicas periodísticas santiaguinas. Entre sus numerosas producciones de esta índole llaman la atención sus críticas a *Los amores del poeta*, drama de Carlos Bello, y a *Ernesto*, drama de Rafael Minvielle.

Cala con dominio de los resortes dramáticos en las deficiencias técnicas de nuestro autor romántico. En *Los amores del poeta* encuentra una exposición larga, y, a veces, pesada, pero halla la composición o el esqueleto del drama sencillo y su acción ajena al medio americano. El nacionalismo romántico de Sarmiento tuvo que rebelarse contra el procedimiento empleado por Bello en su única pieza representada que, a juicio del cuyano, poseía escaso dinamismo escénico. A *Ernesto*, de Minvielle, lo consideró infinitamente superior a *Los amores del poeta*, por algunos episodios de vivísimo interés, por su lenguaje adecuado, de vez en cuando florido, y siempre castizo y esmerado.

La curiosidad infatigable de Sarmiento no lo detuvo ante otros espectáculos, que plumas menos desprejuiciadas habrían calificado de parva categoría. Es una página de gran plasticidad y movimiento la que consagra en *La Tribuna* del 25 y 26 de noviembre de 1850 a los luchadores Charles y Soto.

Veamos el ritmo ágil de sus cláusulas y la forma como su prosa se adapta a la acción pormenorizada de la violencia pugilística:

La lucha comienza; tres luchadores pasan sobre las espaldas de Charles, como tres costales de afrecho. Esta es carne que él se ha procurado para entretener fácilmente el tiempo. En fin, se presenta Soto; mil aplausos lo embriagan, mil consejos lo dirigen y extravían. La gloria está ahí y quinientos pesos más, en poner de espaldas a *aquel dado de carne* que tiene por delante. La lucha comienza, se prolonga, y diez minutos antes de la fatal media hora, Charles cae de bruces, Soto se le va encima, el jurado se interpone. Soto está ciego, insiste en coger al atleta que se escabulle y nos deja burlados.

¡Aquí fue Troya! Mil espectadores están sobre los espaldares de las bancas, la municipalidad en pie en su palco. Un payaso se presenta con un papel que quiere leer al público. ¡Nada! ¡No queremos nada! ¡Afuera Charles! ¡Que salga

⁸ “El teatro como elemento de cultura”. En *Obras de D. F. Sarmiento*, tomo 1, 271-275.

el francés! ¡Que lo saquen! ¡Que muera! ¡Viva el público! Aquí y en todas partes es el mismo; juez, parte y ejecutor, no gusta oír la defensa del reo. Eso es bueno para los tribunales. El público lo sabe todo ya, sobre todo si está entusiasmado, si ha sido burlado en su esperanza. La verdad es que abajo nadie sabía nada, y en las bancas de arriba, y en el proscenio ni el jurado, ni payasos, ni juez de teatro pudieron satisfacer al público, que pedía cien cosas a un tiempo, que se pagasen los quinientos pesos a Soto, que se devolviesen al público las entradas, que se retuviera el producto en favor de Soto. El juez de teatro tomó un temperamento prudente, para no ceder a la multitud demente de cólera, y fue aplazar la decisión de tan grave asunto para mañana.

Como se ve, el escritor cuyano tenía el don de resumir y condensar, en forma de no perder detalle, pero sin abrumar con períodos superfluos. No conocemos en el periodismo chileno, anterior a 1841, a un cronista de tal acuidad, de tan variado registro y que en sus expansiones costumbristas reflejara todas las singularidades del alma criolla, como puede verse en sus magníficos *Cuadros de Cocalán*, que envidiarían los modernos descriptores del paisaje nativo. Se ha expresado, ya, por los críticos argentinos José A. Oría y Carmelo M. Bonet, que el paradigma de Sarmiento es Mariano José de Larra, de cuyos artículos, que califica de “inmortales”, hubo una edición chilena en Valparaíso, que fue impresa con profusión de viñetas románticas de finísima calidad.

El insigne emigrado decía que todos, tanto en América como en España, debían afanarse en imitar al celebrado maestro del costumbrismo. Si bien Sarmiento ha merecido más loas por su genial *Facundo*, intuitivo y de grandes atisbos telúricos, y por los *Recuerdos de provincia* y los *Viajes en Europa, Africa y América*, no es menos considerable por sus páginas periodísticas escritas en su mayor parte en suelo chileno. En ellas vertió, día a día, lo más puro y señero de su imaginación creadora. El hecho fútil, que pasaba inadvertido a ojos menos experimentados, le servía para desentrañar profundas lecciones sociales o políticas. El moralista, de raíz estoica, que había en Sarmiento utilizaba el periodismo como cátedra e instrumento de crítica y corrección. Tenía una pupila más ávida que la de Larra y pudo enriquecer a la literatura hispanoamericana con un conjunto excepcional de asuntos. Ni Jotabeche, también buen escrutador de la realidad, y, sobre todo, de su patria chica copiapina, ni Lastarria, de experta mirada de sociólogo, lo superaron en el enfoque periodístico de los sucesos. Se ha dicho a este respecto que la formación intelectual de Sarmiento fue más francesa que española, con excepción del influjo de Larra en sus escritos.

Pero Sarmiento tenía lo ibérico en la sangre y por el manadero de su estilo se vierten todas las esencias raciales: la rotundidad, el orgullo egolátrico, la fantasía desbridada, la improvisación repentista y el donaire obtenido de la cantera popular. No se asustó frente a los americanismos, a los chilenismos más típicos, como *guangali*, *chingana*, *chamanto*, *chicote*, *remolienda*, *mampato*, y hasta remeda el habla desenfadada de los rotos con gran acierto filológico y hondo instinto literario, como apuntó

ya Ricardo Rojas. Bien podría el crollismo actual aceptarlo como un maestro que se anticipó en más de un siglo a ciertas tendencias del arte descriptivo.

Respecto a su don de improvisar, Dardo Cúneo dice lo siguiente, con agudeza crítica: “*Facundo* fue improvisado folletín, escrito cada capítulo para la edición del día, antes que libro de perduración. Todo libro sarmientino será primero texto de prensa, prosa apresurada, prosa militante, prosa improvisada a vuelapluma, prosa verdadera, prosa perdurable”⁹. ¡Qué distinto el sabor de su estilo al de la entequez académica, al narcisismo pedante de ciertos casticistas de calzón corto, que él combate cuando arremetió exageradamente contra las lecciones de Bello. Pero Sarmiento no rechazó nunca a los buenos modelos y con ellos erigió la ciudad de papel donde meditaba sobre el destino de su patria o abría perspectivas ignoradas acerca de los asuntos americanos.

Es curioso precisar que Sarmiento es uno de los escritores continentales del siglo XIX que mejor se adaptan a nuestra sensibilidad moderna. No tiene el empaque rotundo de Montalvo, donde se echan de ver los remiendos y manipulaciones casticistas, a pesar de su noble bizarría y genialidad. Tampoco posee el equilibrio mesurado de Varona, ni la armonía sin grandes relieves de Lastarria. Sólo con Martí se le ha comparado, y a ambos emparejan en parecidos menesteres, entre los cuales el principal es hacer patria. No conoció Sarmiento el colonialismo que abrumó hasta su muerte a Martí, pero compitió con él en la lucha contra la barbarie de los caudillos. El militarismo que emponzoñaba la existencia de Cuba era parecido o semejante a las montoneras de poncho y facón que simbolizaba primero Facundo Quiroga, después El Chacho y hasta Urquiza, gaucho federal convertido en unitario por resentimiento contra el mandonismo de Rosas. La barbarie tropical tenía por emblema el esclavismo; la austral, la mesnada federalista, el servilismo de muchos doctores y periodistas y el aleve signo de la mazorca. Así como en Cuba Carlos Loveira, después de la Independencia, subrayó el permanente enredo de sus generales y doctores, los herederos de Sarmiento aún no han concluido la tarea esforzada de desarraigar el analfabetismo. Había que educar al soberano y uno de los instrumentos más eficaces para abatir el oscuro influjo de los políticos marrulleros y de los caciques codiciosos era la prensa. Por eso el autor de *Facundo* prosiguió sus empresas de diarista al partir definitivamente de Chile, su segunda patria. Vuelto a la Argentina, antes de su alejamiento final de su residencia en el barrio de Yungay, ejerció el duro y a la vez pintoresco cargo de boletínero del Ejército Grande de Sudamérica, título pomposo y honorífico que disimulaba su grado de teniente coronel que no combatió en las filas sino a mandobles de pluma. Sarmiento sería al lado de Urquiza un cronista de su épica campaña y escribió partes, hojas de propaganda y manejó también una imprenta volante. Más tarde, cuando cayó la tiranía tan odiosa del Gaucho de los Cerrillos, volvió a fundar o redactar diarios y a meterse

⁹ Dardo Cúneo. *Sarmiento y Unamuno*. Buenos Aires, 1949, 41.

de cabeza en las tumultuosas luchas cívicas de Buenos Aires. Entonces fue cuando secundó a su entrañable amigo Dalmacio Vélez Sarsfield en las famosas columnas de *El Nacional*. La historia de esta publicación diaria correspondió a las grandes y frustradas esperanzas concebidas en el triunfo de Caseros por el patricio cordobés. El prospecto de *El Nacional* se publicó el 16 de abril de 1852, y el número inicial, el 1° de mayo siguiente.

Se ha dicho por un biógrafo de Vélez Sarsfield que si hubo verdaderamente en la Argentina una época en que la prensa haya sido uno de los poderes del Estado, ese lapso se inicia con *El Nacional*. Allí Sarmiento iluminó todos los problemas de una república que renacía de sus cenizas, manchadas también con la sangre derramada por la tiranía rosista. “Un pueblo no puede ser semiesclavo, semilibre”, decía su primer editorial, y allí se planteaban dramáticamente ante Urquiza las aspiraciones de una ciudad letrada como Buenos Aires.

Sarmiento rompió con muchos amigos durante su borrascosa vida, y entre ellos se distanció violentamente de Alberdi. Pero con Vélez Sarsfield hubo un raro entendimiento, que no tuvo alteraciones, a pesar de la diferencia de caracteres que existía entre ambos próceres. La medida jurídica, de raíz cordobesa, de Vélez Sarsfield, su legalismo de cepa tradicional solían contrastar con las excentricidades y la egolatría de Sarmiento. Pero juntos en una titánica tarea contribuyen a restaurar las instituciones y a devolver a la Argentina su prestigio de nación civilizada. Sarmiento formuló en *El Nacional*, como lo reseña Juan Guillermo Guerra, un proyecto de ley de tierras públicas, que explicó en largos y concienzudos editoriales. Todos los asuntos desfilaban frente a su experimentada pluma: la ocupación de terrenos fiscales, la organización del ejército, las leyes bancarias, la necesidad de construir ferrocarriles, problemas constitucionales, las prácticas corrompidas de los caciques políticos criollos, los códigos y otros tópicos arrancados de la actualidad rioplatense.

Sarmiento fue dejando los temas libres de su intuitiva y genial inspiración para ocuparse en la edificación de un pueblo que lo vio ascender pronto a la primera magistratura. Tenía que romper también entonces una dura costra de prejuicios que se elevaban, como montaña, entre su personalidad y el público porteño. El “Loco Sarmiento” existía como viviente realidad para muchos, y escritores como los chilenos Manuel y Francisco Bilbao denostaron con apasionamiento al futuro mandatario. El precursor de la novela chilena, Manuel Bilbao, desarraigado de su terruño, intervenía en las contiendas civiles de la Argentina con un descaro inaudito y una pluma procaz. No hubo villanía que no vertió sobre Sarmiento ni calumnia que no recogió del arroyo para aplastar a un adversario que tampoco se paraba en barras para enjuiciar al descastado santiaguino.

Bilbao dice de Sarmiento en la famosa polémica de 1875: “Para combatir a Rosas usted combatía a su patria. Llamó contra ella la coalición de la Europa. Eso

era poco. Usted escribió y sostuvo que el Estrecho de Magallanes, disputado por su patria como territorio argentino, era territorio chileno, sin que nadie se lo pidiese”.

Todavía Bilbao iba a descubrir un flanco más para ridiculizar a su rival: el que ofrecía su presidencia. “Los seis años que usted fue Presidente –decía el autor de *El inquisidor mayor*– fueron seis años de ilusiones y engaños, de perturbación del régimen constitucional, de reacción unitaria, de derroche y de arbitrariedades.” No vacilaba más adelante en acusarlo de inspirador de asesinatos con las siguientes palabras: “No, señor don Domingo, usted no puede decir que se basó en la ley para gobernar, cuando están para desmentirle sus órdenes de matar, bárbaras, en las cuales se deleitaba, describiendo hasta el modo como debían despresar al hombre”. Y como culminación de tanta diatriba, Bilbao, en su séptima carta a Sarmiento, resumía sus dicerios en una descomunal enumeración que copiamos aquí: “Militar de pluma, dulcamara educacionista, déspota como gobernante, sólo me falta estudiarle como financista para completar el cuadro que exhibe a usted tal como ha sido en verdad, y tal como lo ha sido bajo el sistema de la mentira”.

Las polémicas entre Sarmiento y los dos Bilbao se venían reiterando desde muchos lustros: Antes de morir, Francisco Bilbao, de condición dulce y apacible por lo general, injurió copiosamente a Sarmiento. A Manuel Bilbao lo designó el autor de *Facundo* con el mote de “poeta menor de la detracción” en su respuesta a las ocho cartas del agresivo chileno. Para dar idea de la capacidad de violencia que solía deslustrar a la pluma de Sarmiento, reproducimos su primer juicio acerca de Francisco Bilbao, que fue la causa remota de tan sonoras rencillas. Decía Sarmiento de un escrito de Francisco Bilbao: “producción indigesta, falta de sentido común, y digna cuando más del candor juvenil, inexperta y sobre todo sin ideas fijas y maduras sobre asuntos hechos para manejarlos por las más fuertes inteligencias europeas, nutridas por largos años de estudios y vigias”. En seguida lo calificaba de “zurcido indigesto de desatinos”. En otra parte se refería al “Evangelio traducido, corregido, aumentado y anotado por Lammenais, y al más embrollado, descuajaringado y abultado por Bilbao”.

En 1858 volvió Sarmiento a tratar con dureza a Bilbao con motivo de la publicación de *La religión de la ley*. Hablaba de la candidez y la falta de sentido práctico que le ha hecho tan dañino en todas partes, aun para sus mismos amigos”. Años más tarde, Sarmiento se expresa mejor de Bilbao, cuando el 23 de julio de 1883 hace una alocución aceptando la visita de los jóvenes estudiantes de la Universidad y colegios argentinos. Dice entonces estas frases: “como si el espíritu de Francisco Bilbao –el reformador de América– se hubiera agitado en el seno de la Eternidad, como para levantar una protesta inspirada por el Evangelio americano”. Esto aparece en la página 147 del volumen XXII de sus *Obras completas*. Una noble comprensión humana logró hacer olvidar las ofensas recibidas de Bilbao, al incansable batallador sanjuanino.

Francisco Bilbao era distinto de su hermano Manuel, resentido de cáscara amarga y libelista profesional. Pero, no obstante, el autor de *Sociabilidad chilena* llamó a Sarmiento antes “ramera cuyana”.

Estas inoficiosas discusiones eran características de un ambiente aborrecido y a medio cocer desde el punto de vista intelectual. Las pasiones ocupaban un sitio preferente y el que siempre fue inagotable periodista nunca rehuyó los peores gajes de su oficio. En una oportunidad alude a “los Alberdi, los Calvo, los Bilbao, que han querido arrebatarme el honor”. En otra ocasión se expresa despectivamente de Bilbao, quien le siguió los pasos y mantuvo un odio concentrado al orgulloso campeón ideológico. Le consagra estas expresiones: “El señor Bilbao no tiene capital: es un transeúnte que vuelve del destierro. No tiene profesión conocida que le dé de qué vivir, fuera de escribir”.

En descargo de don Domingo Faustino hay que observar que sus enemigos no economizaron epítetos para zaherirlo. Manuel Bilbao concluía sus catilinarias calificándolo de “Loco Sarmiento”. Ricardo Rojas enumera con rara paciencia los mote más peregrinos que salpicaron sus pasos por el periodismo, la política y las letras. Sus adversarios en el largo combate que duró medio siglo, habíanlo llamado sucesivamente: salvaje, haragán, ranchero, sargento, caballo, chancleta, ignorante, embustero, plagiarlo, malnacido, simulador, mentecato, ególatra, loco, criminal, cobarde, ladrón, mercenario, cínico, dulcamara, difamador, pandillero, hipócrita, villano, mariscal, ratero, bolsillos sucios, pérfido, traficante, patibulario, gallina, desleal, déspota, sanguinario, canalla, miserable, impío, egoísta, malvado, grosero, aleve, protervo, empecinado, ateo, rufián, corrompido, logrero, bribón de la peor especie, traidor a la patria, chancha renga, sanjuanino canalla, cuyano, gaucho malo, hombre de cancha, aventurero, mal hijo, borracho, escritor de pega, falto de seso, animal, envenenador del primer marido de su mujer, y aun otros dicterios con que podríamos formar una antología de la infamia. Coro de la ruindad efímera en contraste con la verdad triunfante más allá de la muerte, apunta el autor de *El profeta de la pampa*¹⁰.

Pero también el propio Sarmiento solía tener instantes en que descubría sus verdaderas reacciones íntimas y a este respecto es valiosa su carta a don Manuel Montt, de octubre de 1872. “Cuando el cerdo aplaude yo me quedo indiferente –dice el escritor–. Cuando usted se siente fascinado, yo digo lo de las ranas disecadas, algo debemos valer por más que digan. Tras de mis apariencias petulantes, Ud. fue uno de los pocos que me reconocían un fondo serio; y cuando Ud. se toma la molestia de hallar buenos mis actos, y sobre todo de decírmelo en mis barbas, lujo a que no me acostumbró nunca, siento un placer igual al que nos da la aprobación de nuestra propia conciencia, si no es más, porque yo a veces dudo de la mía al estimar mis propios actos.”

¹⁰ Ricardo Rojas. *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*. Buenos Aires, 1945, 18.

Sarmiento no soltaría la pluma hasta su muerte, acaecida en 1888. En 1862, mientras fue gobernador de San Juan, se dio el placer de provocar la reaparición de *El Zonda*, donde inició sus faenas periodísticas en su ya lejana juventud. “El periodismo fue en él –dice su principal biógrafo– vocación, profesión, costumbre, necesidad, arma, tribuna, regocijo, y la más constante forma de su acción pública.”

Todavía tuvo tiempo para polemizar en un nuevo diario que funda con el nombre de *El Censor*, en 1886 y en 1887 expresa en *El Diario* de Buenos Aires sus inquietudes sobre el rumbo que tomaba la torrencial emigración extranjera.

En sus últimos años se debilita su poderosa imaginación y repite determinadas ideas que ya son obsesivas en su cerebro. El cosmopolitismo creciente de la Argentina lo hace decir antes, en un discurso pronunciado en Rosario: “Las calles de Buenos Aires están llenas de mendigos que vienen a ejercer su profesión de limosneros, y no se crea que es un acto voluntario de esos inmigrantes, porque si la Europa pudiera lanzarnos cien mil miserables, nos los lanzaría”.

Sarmiento pareció presentir el destino moderno de su patria y miró con desconfianza cierto cosmopolitismo mental que después de sus días, junto con desmonetizar cimeros valores tradicionales, erigió ídolos de barro. A la pureza del ideario de Mayo sucedió una etapa de abyecto oportunismo y de oligarquías conservadoras que descuartaron el espíritu civilista de los viejos próceres. La Gran Aldea de López cedió su paso a la ciudad con perspectivas de cemento, abrumada de rascacielos, en que escondía su rostro deforme lo que Ezequiel Martínez Estrada designa como “la cabeza de Goliat”. La molicie oligárquica abrió el camino a resentidas generaciones en que descendientes de italianos y otras razas europeas desplazaron a los criollos raizales. Esto no sería lo más grave, pero también brotó la filosofía casera del “No te metás”.

Sarmiento cosechó como herencia el ver frustrado su mensaje, en gran parte. Una virulenta reacción contra los ideales de Mayo se concentró en un disolvente período de negaciones patrias, disfrazadas por un rabioso nacionalismo. Las oligarquías cultivaron a sus héroes mortecinos y a sus *idola fori* sin penetrar en las masas. Las nuevas consignas destacaron a la *patota*, al *compadrito*, al *guarango* y a los héroes prepotentes de tangos y películas de perverso gusto. A Sarmiento lo escarnecieron las plumas oportunistas y reaccionarias de Ignacio Anzoátegui y de Manuel Gálvez. Su monumento fue vejado, en medio de la indiferencia de la calle y la debilidad de las protestas civiles. El cincuentenario de su desaparición ya conocía las diatribas del fascistoide Ramón Doll y los vejámenes de plumarios que desenterraron los huesos esclarecidos del conductar civil, para entregarlos al escarnio de plebes materializadas por un optimismo loco. Pero el legado de Sarmiento no ha perecido todavía, y en sus páginas de polemista, aquí pálidamente evocadas, o en sus desvelos de pendolista egregio se esconde el tesoro incomparable de un ideario de actualidad. La lección de libertad y de civismo que emana de sus flamíferas y entonadas prosas es algo que no pueden sepultar las incomprensiones de una hora de tinieblas para el pensamiento

libre. Él dijo, en una memorable jornada de exilado, que no se podían matar las ideas, y eso no fue simplemente desahogo retórico de una naturaleza tan cargada de exuberancia. En toda América hispánica se le lee, se le estudia y se le examina con espíritu comprensivo y simpático. Sus defectos también han sido revisados y sometidos a un crudo análisis que él, en sus momentos de plenitud vital, no habría rehusado. El juicio de la Historia ha sido rotundo y lo ha colocado monolíticamente encuadrado junto a otros capitanes del pensamiento civil: Lastarria, González Prada, Hostos, Justo Sierra, Montalvo y Martí. Las actuales generaciones, si no quieren perder el rumbo, deben también frecuentar, con mayor asiduidad, la montaña siempre reverdecida de su obra impresa. Por el manantial de sus páginas desfilan toda clase de elementos: viñetas románticas, cuadros de costumbres, bocetos novelescos, interiores urbanos, paisajes campestres, semblanzas de soldados y escritores, miniaturas primorosas como las de la *Vida de Dominguito* y estampas antañonas por el estilo de las que ennoblecen sus *Recuerdos de provincia*. Artista sin retórica, intuitivo como los gauchos de la pampa, rumbeador del pensamiento y *baquiano* de las ideas, siempre tendrá un sitio de honor en el corazón continental.

BIBLIOGRAFÍA

- Barros Arana, Diego. *Un decenio de la Historia de Chile (1841-1851)*. Santiago, 1913.
- Belín Sarmiento, Augusto. *Vida de Sarmiento*. Buenos Aires, 1911.
- Blanco Fombona, Rufino. *Grandes escritores de América (Siglo XIX)*. Madrid, 1917.
- Bonet, Carmelo. *Voces argentinas*. Buenos Aires, 1940.
- Bunge, C. O. *Sarmiento (Estudio biográfico y crítico)*. Madrid, 1926.
- Calle, Jorge. *El pasajero sugerente (Glosario sarmientino)*. Buenos Aires, 1925.
- Castro, Américo. “En torno al *Facundo*, de Sarmiento”. *Sur* N.º 4. Buenos Aires, agosto de 1938.
- Cúneo, Dardo. *Sarmiento y Unamuno*. Buenos Aires, 1949.
- Cháneton, Abel. *Historia de Vélez Sarsfield*. Buenos Aires, 1938. Vid.: Tomo 1, 282-286.
- Donoso, Armando. “Sarmiento y Lastarria”. *Revista Chilena*. Santiago, tomo X, 1920, 5.
- _____. *Sarmiento en el destierro*. Buenos Aires, 1927.
- Donoso, Ricardo. *Veinte años de la historia de El Mercurio*. Santiago, 1927.
- _____. “Sarmiento”. *El Mercurio*. Santiago, lunes 19 de septiembre de 1938.
- Guerra, J. Guillermo. *Sarmiento. Su vida y sus obras*. Santiago, 1901.
- Henestrosa, Andrés, y Fernández de Castro, José A. *Periodismo y periodistas de Hispanoamérica*. México, 1947.
- Iduarte, Andrés. “Introducción a Sarmiento”. En *Pláticas hispanoamericanas*. México, 1951. Vid. capítulo intitolado “Introducción a Sarmiento”, 167.

- Lastarria, José Victorino. *Recuerdos literarios*. Santiago, 1885.
- Levene, Ricardo. *Sarmiento, sociólogo de la realidad americana y argentina*. Buenos Aires, 1938.
- Lida, Raimundo. *Sarmiento y Herder. Memoria del Segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Hispanoamericana*. University of California Press, 1941.
- Lugones, Leopoldo. *Historia de Sarmiento*. Buenos Aires, 1921.
- Martínez Estrada, Ezequiel. *Sarmiento*. Buenos Aires, 1946.
- Moya, Ismael. *El americanismo en el teatro y la prédica de Sarmiento*. Buenos Aires, 1939.
- Orgaz, Raúl A. *Sarmiento y el naturalismo histórico*. Córdoba, 1940.
- Oría, José A. *Sarmiento, costumbrista*. Buenos Aires, 1938.
- Palcos, Alberto. *Sarmiento. La vida. La obra. Las ideas*. Buenos Aires, 1929.
- . *El "Facundo". Rasgos de Sarmiento*. Buenos Aires, 1945.
- Peláez y Tapia, José. *Historia de El Mercurio*. Santiago, 1927.
- Pinilla, Norberto. *La polémica del romanticismo en 1842*. Buenos Aires, 1943.
- Ponce, Aníbal. *La vejez de Sarmiento*. Buenos Aires, 1927.
- . *Sarmiento: Constructor de la nueva Argentina*. Madrid, 1932.
- Rivarola, Rodolfo. *Sarmiento vive*. Buenos Aires, 1939.
- Rojas, Ricardo. *El pensamiento vivo de Sarmiento*. Buenos Aires, 1941.
- . *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*. Buenos Aires, 1945.
- Sáenz Hayes, Ricardo. *La polémica de Alberdi con Sarmiento y otras páginas*. Buenos Aires, 1926.
- Sánchez Reulet, Aníbal. "La generación de Sarmiento y el problema de nuestro destino". *Sur*, N.º 47. Buenos Aires, agosto de 1938.
- Santovenia, Emeterio S. *Genio y acción de Sarmiento y Martí*. La Habana, 1938.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Obras de...* (52 volúmenes). *Obras*. Tomo 1, *Artículos críticos y literarios. 1841-1842*. Santiago, 1882.
- . *Obras*. Tomo II, *Artículos críticos y literarios. 1842-1853*. Santiago, 1885.
- . *Páginas confidenciales* (Introducción de Alberto Palcos). Buenos Aires, 1944.
- . *Prosas de ver y pensar* (Una selección de escritos literarios a cargo de E. Mallea). Buenos Aires, 1943.
- . *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires, 1927.
- Zea, Leopoldo. *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del Romanticismo al Positivismo*. México, 1949.
- . *La filosofía como compromiso y otros ensayos*. México, 1952.

EL MERCURIO.

EXTERIOR.

PERU.

El Presidente de la República a los pueblos.

Concedidme.—Una nueva y abominable tiranía me obliga a hablaros otra vez. El coronel Rosca, ingrato a la patria, alveto y perjuró, no rebeló en el Conde el 21 de Diciembre contra la autoridad legal, pidiendo la Constitución y los derechos de los pueblos, al mismo tiempo que era más pío que un ángel...

Concedidme.—Los oportunos acuerdos en sus fines de Ayacucho: como estos, aquellos, sacrificados hombres inocentes en las montañas de los Andes, en la sierra de las ruinas de las ruinas de los Andes: he aquí un sistema de tiranía...

Ciudadanos.—Vuestra sola tarea del Gobierno por asegurar la marcha del país a las instituciones protectoras. Sabed que habíamos obtenido ventajas positivas; que se consagró la honrada y honesta actividad de la nación, mediante el desempeño de las tareas públicas...

Tantra ventajas presentes, tantra esperanzas de un floreciente porvenir, no pasaba ser por tierra, no pasaban ser inmoladas a las crueldades de la ambición punitiva y feroz de un avaro soldado enorgullo y presuntuoso.

Y os juro, ciudadanos, que como os juro en vuestro patíbulo, en las montañas y valles que os rodean, en vuestro territorio, en vuestro hogar, en vuestro hogar, en vuestro hogar, en vuestro hogar...

El comandante militar de Anabauillas dice en un expediente de oficio dirigido al jefe de armas de Ayacucho con fecha 8 del presente mes.

El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero. El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero.

El progreso de la tropa que marchaba a la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero. El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero.

Se sabe que la tranquilidad y el orden mas completo reinan desde Anabauillas hasta esta capital por otra comunicación del jefe militar de Arequipa por sus relaciones y los datos que he recibido por sí mismo, la realidad de estas noticias, y es la noticia de la mas notable y trascendental, que es el abandono total del Cuzco por los rebeldes, y haber quedado la población custodiada por la guardia nacional.

terminación del jefe de armas de Ayacucho, que contiene las siguientes noticias. Ayacucho marcha mañana a Anabauillas con 150 hombres, con el objeto de cubrir las fronteras y no permitir a Ayamaras y Cotohuasi, aun cuando sean con perdidas crónicas; al mayor Rosca lo pondré en Huanca para molestar aquellos pueblos, sin embargo de que he creído y he creído por todas partes del error, echando a unos aquellos inmensas llamas de su tierra, donde el viento está pegado a la superficie; y donde el viento está pegado a la superficie...

El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero. El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero.

CORRESPONDENCIA.

12 DE FEBRERO DE 1817!!

Un día pasa todos los años, precedido y seguido de otros días; si en alguno se distinguen de los que antecedieren y suceden; y si el habitante de Chile fija por un instante en él sus miradas, es solo por las raras fórmulas que se representan el regocijo público, como las viejas religiones sustituyen la pompa de ceremonias emblemas, a los grandes recuerdos que no mueren yacen en la memoria de los creyentes. Algunas salvas en las fortalezas pabellones flotando en el alto de la montaña, aquí tolo lo que recuerda un día que de corazón de tolo chileno. La fiesta que corresponde tambien...

Contenidos de patrones chilenos, bayendo de los honorarios de la sociedad chilena, bayendo de los honorarios de la sociedad chilena, bayendo de los honorarios de la sociedad chilena, bayendo de los honorarios de la sociedad chilena...

Nuestro ejército, por momentos se apresta para abandonar Arequipa, en la noche del día 12 de febrero. El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero.

Nuestro ejército, por momentos se apresta para abandonar Arequipa, en la noche del día 12 de febrero. El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero.

sus fuerzas contenían apenas los ataques de los rebeldes por el alto Perú. Los chilenos del ejército si, salvadas de la refrigera, tendrían que decirse todos para que se libertara la patria que volviera a ver y a sus cuerdos, a su independencia; y para otros; la muerte humana del campo de batalla, era preferible a estar prisionero y ser tratado como maniatado. Los guerreros que formaban el valiente rejimiento de granaderos a caballo, tendían con desmayo sus miradas, por estar en los brazos de unos aquellos inmensas llamas de su tierra, donde el viento está pegado a la superficie; y donde el viento está pegado a la superficie...

El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero. El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero.

El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero. El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero.

El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero. El Sr. Rosca contramarcha sobre Arequipa por la sierra de la Cruz, en la noche del día 12 de febrero.

QUINTA SECCION,

MEMORIAS.



1.

MEMORIA

sobre ortografía americana leída a la Facultad de Humanidades el día 17 de octubre de 1843 por el licenciado Domingo F. Sarmiento, Miembro de la Universidad de Chile, Director de la Escuela Normal, del Liceo, etc.

El autor de esta memoria, consagrado largo tiempo a la enseñanza primaria, a tenido ocasion de estudiar prolijamente las irregularidades de la ortografía actual i conocer la insuficiencia de las reglas a que está sujeta. La dificultad que tienen los jóvenes de los colejos i escuelas para aprenderla, i los errores que en este ramo comete el comun de las jentes, con desdoro de su educacion i principios, le an dado en rostro, i se a propuesto desbaratar de un golpe los obstáculos, cimentando la ortografía sobre un principio de que todos puedan estar al cabo.

Los acendados, los comerciantes, las mujeres no estudian latin, ni pueden andar atisbando años enteros como estan escritas en los libros las palabras: por consiguiente, las reglas de ortografía que mandan atender al *orijen* de las voces i al *uso constante* de escribirlas, son para ellos inútiles. No debe aber otra regla que la *pronunciacion*.

Mas la pronunciacion del castellano en América no es igual a la de España: i por tanto es preciso establecer una ortografía puramente americana, descartando de nuestro alfabeto las letras que para

CIVILIZACION I BARBARIE



VIDA DE

JUAN FACUNDO QUIROGA.

I ASPECTO FÍSICO, COSTUMBRES, I ABITOS DE LA RE
PÚBLICA ARGENTINA.

**BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"**

On ne tue point les idées.
Fortoul.

A los ombres se deguella:
a las ideas no.

Domingo F. Sarmiento.

Miembro de la Universidad de Chile, i Director de
la Escuela Normal.



SANTIAGO.

IMPRENTA DEL PROGRESO.

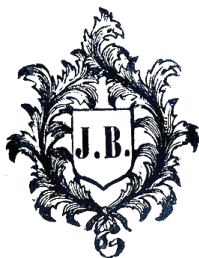
—1845.—

DE LA
EDUCACION
POPULAR,

POR

D. F. SARMIENTO,

MIEMBRO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE,
DEL INSTITUTO HISTÓRICO DE FRANCIA, DE LA SOCIEDAD
DE PROFESORES DE ENSEÑANZA PRIMARIA DE MADRID I PRIMER
DIRECTOR DE LA ESCUELA NORMAL
DE SANTIAGO.



SANTIAGO:
IMPRENTA DE JULIO BELIN I COMPAÑÍA.
1849.

VIAJES

EN

EUROPA, AFRICA I AMERICA,

POR

D. J. Sarmiento,

MIEMBRO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE,
DEL INSTITUTO HISTORICO DE FRANCIA I DE OTRAS CORPORACIONES
LITERARIAS.

SANTIAGO.
IMPRESA DE JULIO BELIN I C.^o

1849.

RECUERDOS
DE
PROVINCIA,

POR EL AUTOR

DE

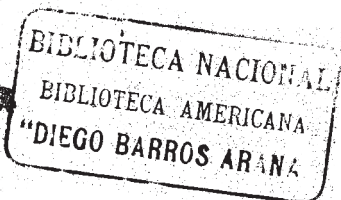
**CIVILIZACION I BARBARIE,
VIAJES POR EUROPA, AFRICA I AMERICA
I EDUCACION POPULAR.**

It is a tale, told by a fool with sound
and fury, signifying nothing!
(SHAKESPEARE, *Hamlet*.)

De dire moins de soy qu'il n'y en a
c'est sottise non modeste; se payer de
moins qu'on ne vault, c'est lascheté et
pusillanimité selon Aristote.

(MONTAIGNE. *Essais*.)

por
D. Domingo Faustino Sarmiento



Santiago,
IMPRENTA DE JULIO BELIN I COMPAÑIA.
1850.

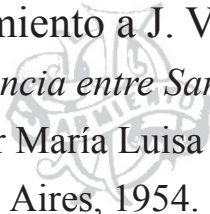
Para la Biblioteca
de la
Hon. Legislatura
de
Mendoza

New York Oct^r 5 de 1865

Se dedica

respetuosamente

D. F. Sarmiento



Carta de Sarmiento a J. V. Lastarria.

Del libro *Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria.*

1844-1888. Anotada por María Luisa del Pino de Carbone.

B. Aires, 1954.





Señor D^{no} Victorino Lastarria

Buenos Aires Enero 10 del 876

Mi inolvidable amigo.

Si aun sois alma de este mundo, os felicito al contar un año mas. Vamos para viejos ambos, teniendo cada uno cuenta diversa, segun cree que le va en esta fiesta de la vida. Tal es el silencio que se hace en torno nuestro que me temo estais cual vieja nave sin carena en algun puerto. Siento un vivo comparacion mas joven, pero aunque desarrollado estoi a flote y puedo aun arrostrar el embate de las olas.

Vivo y siento la vida. Por una buena fortuna que no es comun, la mia se prolonga casi sin cambiar de forma, repitiendose en la vejez las escenas mismas de la juventud. Lo imbuirme a los ojos (si los leyera) las diatribas de los diarios contra iras provocos, escribo a veces, hecho si confor-

y tengo adversarios y amigos. No es cierto
que esto es vivir! La verdad sea dicha
pocos hombres tendran existencia mas
lleva, mas variada, paseada por mas
extenso espacio de la tierra, ni presente
a mas extrañas vicisitudes. Chile
B. Aires, ~~mi~~ provincia, C. Abidos, son en
ella como una sola patria por las afec-
ciones, los trabajos, y la simpatia.

Hace me pensar en ello la poesia que
os envio, pues solo vos en aquella tierra
comprenderéis el dialecto burlero en
que esta escrita. No es curioso que la
carta que os escribia durante mis
viajes, me traiga a Villergas treinta
años despues, a recordar el sarrienti-
cidio? Brava podadera a fe mia,
que seria de desearla, para extirpar
malos sarrientos, en los que se quedan
parvos, por no haber sufrido sus elimi-
naciones tan oportunas!

Ha venido este pobre godo aqui, es
putrado de España y de la Babara
por el público flagello, y ha sido
maltruido por todos los diarios,
como si vieran aparecer un

ovechuelo de mal agüero. Cuando el marido
Durra a su consorte, si alguno se pone du-
ludo de esta, la bruja se vuelve contra el
intruso; y no de otra manera me explica
el desmorinamiento de todos contra el Sarmien-
tizada. Aunque bien visto, es tan necio, costarse
de España, como torcador o banderillero,
a sacar lances en la prensa, y un viejo
hacer profesión de chusco y decir
usando de chistes que no tienen uso
en América, y criticando cosas que a un
español, de Sumatac arregui, Cabrera, la
Cristina o la Grabel, el rey Alfonso, la
invasión de la Habana los carlistas,
o la p... que los pario, le está vedado,
cual es hablar de política y de gobierno.
Recibe mi carta o Victorina, y le tomareis
todavía el sabor.

Dexendi del alto punto aquel y volví a
ser el mismo Figaro de antes, lo que será
de buen ejemplo y citado en las historias,
como el amo decía a Sunchu. Fui nom-
brado senador, y maestro mayor de escuela
por dos provincias distintas, y con una
manito que de vez en cuando ponga
o doña a los diarios, y breves y delirios,
días que paso en mi isla Pobocida del
Parana, mi creación fantástica y
la poesía de mis viejos días, Algo

que caliente el corazón todavía, y cierta
tirantez, que no alcanza a ser un dogal
al cuello, en los medios de vivir, ha aquí
una existencia que file son noeu, a merced
de los vientos, en mar un poco cresta,
sobre crevillas hasta visibles para no evitar,
y con suerte varia, sin ser nunca
ni muy venturosa, ni desesperada,
con mejor y mas constante fortuna
ya hubiera aneludo, arribando a puerto
seguro, mientras que esta mi incompleta
felicidad, mi mesurado bien estar
que coje siempre que achique la bomba
un poco cada dia, me tiene en halaina
a los sesenta y cinco (guardame el secreto)
Escribere luego un panfleto La Capital
a fin de acabar con este tema, de
estudiantes, y levantar una polvareda.

Decidme una palabra de vuestra
parte, y lamentaos, si así lo sentís,
de vivir en país como el vuestro donde
ni la calumnias ni la injuria os persi-
guen, dejando extinguirse la llama
del patriotismo, bajo el orden perfecto,
y perfectamente fastidioso sin revoluciones
venidas, sin indios, sin crisis, sin langu-
ta; y sin movimiento ni progreso tangible
Yo llamo el mio, como se ama el potro de la Panaja,
bravio, fuerte, inseguro, y ligero como el viento.
Salmicabo